



CONFERENCIA PRONUNCIADA EN ABRIL DE 1925
EN PUEBLONUEVO DEL TERRIBLE POR EL IN-
GENIERO DE MINAS D. ANTONIO CARBONELL T-F.

TEMA:

VALORES PREHISTÓRICOS

DE LA

CUENCA ALTA DEL GUADIATO

SEÑORAS Y SEÑORES:



El alcalde de esta localidad, mi amigo don Eladio León, me pidió hace tiempo una conferencia, que debía pronunciar aquí sobre asuntos de prehistoria. Yo estaba en deuda con él y vengo a saldar mi cuenta. No podía negarme a ello, prescindiendo de elementales razones que lleva inherentes esa amistad, por mi condición de cordobés, de paisano vuestro por lo tanto; ni por la profesión que seguí en la vida, de Ingeniero de Minas, que, dado el carácter minero industrial de esta zona, aún me une más a vosotros en luchas, en deseos y en ideales.

Creen algunos que la prehistoria es cosa baladí. Suponen que es labor en la que se pierde lastimosamente el tiempo.

Ello es la consecuencia de un curioso modo de raciocinar. A la concepción materialista: no veo, no creo; ha seguido otro cómodo aforismo para estar al tanto en los conocimientos nuevos, que precisan mucho tiempo, mucho esfuerzo y una preparación especial: no he estudiado esa materia, luego niego.

Perderíamos el tiempo en refutar esos castillos de naipes, y preferible es con razones exponer a vuestro examen algunos puntos de vista acerca de la cuestión.

El organismo más complejo es el hombre; pero ello es minucia al lado de lo que en su capacidad craneal guarda. La profesión más difícil es la de estadista. No basta para ello conocer a los hombres de hoy; el estadista tiene que adelantarse a su tiempo y vislumbrar cuál ha de ser la Humanidad futura, ha de adelantarse a una o varias generaciones por venir.

La fuente de los estadistas es la Historia. Los pueblos siguen una trayectoria en donde hay algo de rítmico, donde hay mucho ignoto. Conocer la prehistoria es tener más elementos de juicio acerca de ese desplazamiento de las sociedades. Es el caso del examen de una compleja curva donde la historia nos marca una sección de aquella y donde la prehistoria, antes, nos puede a su vez determinar más puntos de la misma, que enlazados con los anteriores definirán concretamente el rumbo hacia donde esa marcha de los hombres se encamina.

Si en un gran plano de España viéramos pequeños ferrocarriles que que van discurriendo por nuestras vías y observáramos uno de ellos en marcha entre Córdoba y Sevilla, por ese hecho no tendríamos elementos de juicio bastantes para saber a dónde daría fin a su marcha. Pero sí podemos observar que el convoy partió de Madrid, que apenas para en alguna estación, y que vertiginosamente va dejando atrás la meseta manchega, ciertamente que no pensaremos que ha de detenerse en un apeadero intermedio, podremos afirmar que avanzará hasta la periferia del suelo hispano. Este razonamiento es una consecuencia de la observación de los hechos anteriores, que mientras mayor sea su número nos permitirán sospechar del porvenir con mayores probabilidades de acierto.

Pues si el estadista conoce no sólo lo que los hombres hicieron hace veinte siglos, sino lo que realizaron hace cien, hace doscientos, es indiscutible que la verosimilitud de la que harán en el misterioso porvenir llevará consigo garantías indiscutibles.

Ha sido y es un aliciente para la explotación minera en nuestros días el reconocimiento de antiguas labores en un yacimiento. Por extensión a esas huellas de pretéritos trabajos se han llamado trabajos romanos, y

tanto interés suponen en estos difíciles problemas que cierto ingeniero de buen humor cuando le solicitaban su informe acerca de determinados criaderos preguntaba al empresario: ¿Lo quiere V. con romanos?

Lo mismo que en la campiña cordobesa los vestigios de antiguas construcciones siempre en el decir del vulgo son obra de moros, probable vestigio focklorico arrastrado desde la Reconquista, así para el minero las labores antiguas han sido labores romanas, y quizá por la misma razón. Sin embargo, al venir a la luz del día los restos que quedaron sepultos desde las remotas fechas de aquella minería se han podido diferenciar, llegándose a la consecuencia, por ejemplo, de que los árabes fueron los explotadores de la mina Mirabuenos, del término de Villaviciosa, que los romanos trabajaron en el grupo del Soldado, que los iberos lo hicieron en la mina de la Pastora, al sur de Belméz, y que en la edad del cobre empezaron las explotaciones de Cerro Muriano.

Por eso la prehistoria puede aportar interesantísimos datos para el análisis del porvenir, en esta cuestión de una aplicación directa en el día: puesto que si una mina de plata fué sólo explotada por los tartesos, siendo frecuente la asociación de la plata y del plomo en nuestra región, y no habiendo aprovechado el último aquellos, que para ellos era una ganga, puede con probabilidades de acierto intentarse el hallazgo de columnas de mineral que acaso dejaron los primitivos intactas.

El estudio de las costumbres de los primitivos actuales permite reconstituir el secreto de aquellos que hace miles de años habitaron nuestro país. La existencia nómada, los medios de vida, la caza, el pastoreo después, por último un incipiente comercio secuela de culturas iniciadas y base de su perfeccionamiento, precisaron un discurrir continuo de los pueblos prehistóricos. Las vías prehistóricas se dibujan en la historia de la Humanidad como una necesidad imperiosa.

La fisonomía planetaria no ha variado desde que el hombre la habita; ello facilita notablemente la reconstitución de los hechos acaecidos, y nos pone en vías de realizar hallazgos positivos, que confirmen o modifiquen las ideas originales.

La feracidad de la Andalucía baja, la riqueza minera de la Sierra Morena son los dones naturales alrededor de los cuales los hombres se mueven aquí constantemente. Pero el paso de la una a la otra no es tan sencillo; los elementos geográficos parecen oponerse a primera vista a suponer una posibilidad de intercambio; más, examinando más detenidamente la cuestión, vemos que se trata en realidad de riquezas complementarias,

de geas, faunas y floras que en su conjunto forman el cuadro de los materiales que hacen la vida posible.

Entonces hay que buscar en la muralla que la Sierra define al Valle los pasos posibles, los lugares fáciles para el transporte. Y así sucede que las vías férreas, la de Belméz-Córdoba, sigue casi paralela a la carretera de Almadén, y ésta corre al lado de la antigua Cañada Real de Mesta, que a su vez se acomoda al camino romano de Córdoba a Fons Mellaria, hoy Fuente Obejuna, que enlazó en su día los conventos cordubensis y emeritano, la colonia patricia de Córdoba con Mérida.

Con estos antecedentes es de creer que por esa misma vía debieron establecer sus comunicaciones nuestros antepasados prehistóricos; y en efecto, los hallazgos realizados lo confirman en un todo.

Si borramos de nuestra imaginación las poblaciones actuales que por estas inmediaciones se extienden y hacemos abstracción de los caminos, conociendo la topografía de la zona, fácil nos es sospechar que ya sea para avanzar desde aquí hacia Extremadura, ya para alcanzar el valle del Guadalquivir, el camino más factible está definido por el valle del Guadiato. Pero hay más: si desde el Guadiana queremos pasar al Bétis, el camino fácil que salva la serie interminable de serrijones de la serranía está concretamente limitado a este valle del Guadiato. Observemos que la llanura de la Tierra de Barros pasa insensiblemente a Azuaga y la Granja de Torrehermosa, que el camino desde esta última a Pueblonuevo apenas tiene algunos suaves accidentes, que desde aquí a Belméz y a la Alhondiguilla sigue el suelo entrellano, y desde ese último lugar, salvada la cuesta de Mano de Hierro, donde al ferrocarril cruza tres túneles, pronto llegamos al páramo del Vacar; que por éste la meseta sigue en llano a Cerro Muriano, y en definitiva a dar vistas a Córdoba.

A cosa hecha he elegido para tema de esta conferencia hablar acerca de esa vía prehistórica, ya que como veis se trata de algo que está a nuestra mano; no vamos a ocuparnos de describir lugares remotos, ni acudiremos a descripciones fantásticas. Se trata de lugares y sitios a donde nos puede llevar un paseo desde este sitio.

He podido recopilar antecedentes y hallar testigos fehacientes de las viejas y misteriosas culturas prehistóricas a lo largo de esa vía, y en todo cuanto abarca dentro de la provincia cordobesa. Cada uno de esos restos ha podido colocarse en el casillero que le pertenece dentro de la cronología y en esa forma llegar a reconstituir el pasado ignoto del país.

Desde el momento en que aparecen en los depósitos térreos las primeras muestras de la industria humana, los primeros vestigios del hombre fósil, hasta nuestros días, el clima ha experimentado una fluctuación interesante. En el primer periodo en que el hombre aparece, en el chelense, hasta ahora son pocos los vestigios reconocidos en la provincia de Córdoba; el señor Calderón halló restos de esa industria lítica en Posadas, y con ella, o en las inmediaciones, fueron encontradas las osamentas de elefantes, paquidermos que en aquella fecha pulularían en las inmediaciones de la ribera del Guadalquivir. Una vertebra de uno de ellos, y restos de una costilla he encontrado en los rellenos que se enviaban al interior de la mina de Cabeza de Vaca, en la trinchera existente entre el pozo principal y la fatídica Balanza del Oeste, por bajo de la cual tuvo lugar la última y dolorosa explosión de grisú acaecida en dichas minas.

En aquellos tiempos el clima era muy semejante al actual, y otro tanto ocurría con las floras y faunas. Después sobrevino un enfriamiento general. Los robledales hoy limitados a la zona de Fuencaliente, debieron entonces avanzar en su radio de expansión por el Valle de los Pedroches, para retroceder después a los vericuetos de las ingentes sierras del Horcajo, y las que desde allá siguen a Despeñaperros; los elementos semejantes que hoy vemos en la parte alta del término de Montoro, raquíuticos en su mayoría, son los vestigios caducos de ese flujo y reflujo de la flora.

Pero ese fenómeno ha coincidido con la cuarta glaciación. La temperatura media descendió a límites que hoy nos parecerían inconcebibles; la temperatura media de España equivalía a la actual de los países nórdicos. Entonces, o en alguno de los periodos similares precedentes, tiene lugar el relleno de las cavidades de las calizas del Castillo de Belmez, de la Sierra del Castillo de Espiel, y de las rocas análogas que hoy dan lugar a las canteras de la Parrilla, donde más tarde, ya en nuestros tiempos, se han explotado pequeñas concentraciones de fosforita; en la cual es posible reconocer a veces restos animales, ya dentarios o ya óseos, de perdiz, cabra, cervidos, etc. Esa sustancia se ha formado a expensas de una gran acumulación de restos de animales que allá buscaron su refugio.

A la retirada de los glaciares y de las floras frías ha seguido un régimen torrencial extraordinario; los ríos actuales son remedo de los aportes que entonces condujeron sus vaguadas, el cauce del Guadiato rebasó límites que nos parecerían fantásticos si los aportes no hubieran dejado su vestigio de limos, canto rodado y arenas, de los que abundantes muestras tenemos en los terrenos bajos que quedan entre la Sierra de los Santos y la cuerda de eminencias que por Peña Ladrones corre al Puerto Calatraveño y más al sureste a Obejo y a los ríos de Varas.

Después se ha restablecido el sistema actual en el sentido climatológico. Desde hace unos ocho mil años a la fecha, según los hallazgos llevados a efecto en los Estados Unidos, en las proximidades del lago Eric y en las cataratas del Niágara, el medio natural en que el hombre discurrió es sensiblemente uniforme y análogo al de nuestros días.

Los materiales correspondientes a la edad neolítica o de la piedra pulimentada que nos ofrece el valle del Guadiato, sin ser numerosos a la fecha tampoco deben ser despreciados. Los hombres del paleolítico, los fieros cazadores de aquella fecha, seguían en sus correrías el desplazamiento de la fauna superior perseguida. Cuando en una zona las presas emigraban seguíanlas ellos y la tribu iba a sentar sus reales a donde los cervidos o los paquidermos habían detenido su éxodo. Claro es que siendo los valles lugar apropiado para los rebaños de ciervos, alces y rebezos, lógicamente los campamentos de aquellos primitivos se debieron situar hacia los mismos.

Pero al adelantar los tiempos, al perfeccionarse las rudimentarias industrias humanas, el hombre ha dulcificado sus costumbres, ya le son conocidos los animales domésticos, gran parte de la fauna superior del paleolítico ha desaparecido, y el pastoreo es su principal ocupación. Seguidamente, a la sombra de la industria rudimentaria, pecuaria principalmente, se inicia un comercio incipiente que explica la existencia de útiles de piedra en lugares lejanos de aquellos donde las canteras de esos materiales radican.

Restos de esa fecha tenemos en Fuente Obejuna, en la Sierra de la Grana; donde en el Rancho del Rojo he encontrado un cuchillo de pedernal bien tallado y pulido. Dos hachas de diorita conservo, las cuales han sido encontradas al sur de Belmez. Otra procede de Espiel. En el Cerro Muriano el número de útiles de piedra pulimentada es realmente enorme. En el Santuario de Nuestra Señora de Linares también se ha encontrado otra hacha de piedra.

Muy numerosos son estos vestigios en las aldeas de Fuente Obejuna; de la Cardenchosa conserva varias hachas, muy bellas algunas, el cura de este pueblo señor Ramírez. Y así, gracias a esos restos, podemos tener la evidencia de que en ese periodo que sigue desde los comienzos de la edad de la piedra pulimentada hasta entrados los periodos históricos, fechas a las cuales se extiende el uso de la piedra en los mazos de mina, en que esta, gracias a una acanaladura más o menos profunda, se sujetaba al astil de madera, por medio de tomizas o cáñamos que al encogerse por inmersión en el agua daban resistencia al útil, no faltaron los pueblos prehistóricos en el alto valle del Guadiato.

Entre los restos que permiten fijar un momento en la cronología prehistórica merece especial mención la placa de pizarra ornamentada que he reconocido en Espiel, recogida en una cueva que apareció en las estribaciones de la Sierra del Castillo con motivo de la explotación de unas canteras allá inmediatas. Trátase de una placa de serpentina verde muy bella en la que fueron trazados en alineaciones paralelas una serie de triángulos, rayados por líneas transversales en su interior. Esta pizarra es el llamado ídolo ibérico, descubierto por los hermanos Siret en Los Millares en Almería, cuyas homologas hemos de buscar en los hallazgos de los prehistoriadores portugueses en el Algarbe y el Alentejo, en los de otros españoles en Extremadura y en el yacimiento de la Ermita de Nuestra Señora da Rocamador, en Encinasola y en la Contienda de Moura; uno de cuyos yacimientos más ricos he podido estudiar en Huelva, en la Cueva de la Mora de Jabugo.

Ese hallazgo de Espiel echa por tierra la teoría de que la difusión de la cultura del ídolo ibérico realizóse gracias al cabotaje y por irradiación hacia el interior desde los centros del sur de Portugal y del almeriense; evidentemente la situación de este vestigio de la prehistoria cordobesa es un hito intermedio que nos habla de una comunicación intercontinental de la región levantina con su homóloga oceánica.

Su edad es claramente eneolítica; es decir, pertenece a la fecha en que la finura en la labra y el tallado de la piedra nos sorprende más que la aparición de los primeros útiles de cobre.

Dijimos que de estos últimos tenemos otro hito definido en la vía prehistórica del alto valle del Guadiato. El de Cerro Muriano. Aquí, en el lugar que ocupa la Cantina se hallan superpuestos los restos de milenarias poblaciones, bajo los cimientos del poblado romano que allí existió; que a juzgar por los materiales decorativos y por los restos del menaje, bellos barros saguntinos, mármoles labrados para fuentes y pórticos, perteneció a una rica colonia de la época imperial.

Sírveles de asiento una población donde los materiales y los barros ibéricos indican lo adelantado de las artes de esa remota fecha, con cuyos hombres no tuvieron a menos emparentar las orgullosas familias patricias de Italia. Entre esos he de hacer notar los moldes reconocidos para la fabricación de platos de metal.

No es raro que en Cerro Muriano se establecieran colonias sucesivas desde el momento en que los hombres dejan sus costumbres nómadas y aceptan un lugar estable para vivir. Los yacimientos mineros son la causa

original: coincide con esa nueva modalidad de la vida humana el comienzo del empleo de los metales, primero el oro, como adorno; cuyo metal, si juzgamos por la ley que aún tienen aquellos cobres, es seguro que se ofrecería en algunas pepitas en los crestones vírgenes; después el cobre, a cuya fabricación se prestaba el que en forma nativa se halla en la zona de oxidación superficial; por último el bronce, para cuya elaboración era un lugar privilegiado, ya que uno de los elementos allá yacía bajo la tierra, y el estaño, traído de Salamanca y de Zamora, de Portugal y Extremadura, no de las Islas Británicas ni de los países nórdicos, como se ha supuesto, acaso en parte procedente del Valle de los Pedroches, necesariamente había de ser conducido para su importación en Andalucía por esa vía natural que estudiamos.

Todos sabéis que es característica de las primeras civilizaciones, que se perpetúa con el tiempo, el culto a los muertos. Los enterramientos de aquella fecha; monumentos dolménicos, cuya dificultad de ejecución, dados los voluminosos y pesados materiales que los forman, a veces transportados de largas distancias, quedaron en gran número en esta zona. También es sabido el prurito de situar dichas construcciones en las inmediaciones de las vías principales.

Pues bien; además de la serie de monumentos de esa clase que se han señalado por Mérida en la parte de Azuaga, elementos que siguen hasta la Cardenosa, he podido reconocer otros que confirman cada vez más y más el sentido que el Valle del Guadiato tiene en los estudios prehistóricos del sur de España. Particularmente señalaré un vestigio de esta categoría encontrado en la Cuerda de los Pinganillos, al sur de la Mina Santa Bárbara; la Sepultura del Gigante, del Obatón, como la anterior del término de Fuente Obejuna; finalmente los tres dólmenes de Belmez; dos sitios en la Vega del Toro, junto al camino del Entredicho, uno de ellos robado; y un tercero al sureste de Cabeza de Vaca, estación de ferrocarril, en las inmediaciones de la vía y a unos 500 metros de aquella.

No podríamos dejar atrás en este cuadro general, que a grandes rasgos trazamos, de los materiales prehistóricos, más abundantes de lo que se suponía, aquellos del final del período ibérico, cuando las fuentes históricas ya nos hablan de la región de Levante y del Valle del Guadalquivir, y sin embargo aún la Sierra yace en tiempos que pueden considerarse como prehistóricos para la reconstitución del pretérito.

Mencionaremos a este fin los hallazgos de monedas ibéricas realizados al sur de Belmez, en el Entredicho y en la mina de La Pastora. Los vestigios de castros ibéricos que aparecen en el Cerro de los Castillejos y en Masatrigo. Los muy numerosos y similares que coronan todas las sierras

que desde la de la Grana siguen a Monterrubio de la Serena. Particularmente se encuentra el vestigio de una población y castillo ibérico de gran importancia en Los Blázquez; es el hoy llamado Castillo del Maldegollado o de los Blázquez. Otro resto similar se halla en la cúspide de la Calaveruela de la Coronada. Ambos son sitios donde las investigaciones arqueológicas están indicadísimas.

Esos restos demolidos y toscos de mampostería concertada nos hablan de la epopeya ibérica acaso más sonada en la Historia, de las campañas de Viriato.

Los últimos habitantes de esos nidos de águilas son los descendientes de Argoantonio, el rey de Tartessos, que antes de que Roma fuera imperio recibe al extranjero y trátalo con liberalidad y cortesanía desconocidas; son los hijos de aquel reino, cuyo nombre borrosamente pasó a la historia, cuyas riquezas promueven el primer conflicto en el Mare nostrum; que dió artistas que supieron esculpir los leones de Nueva Carteya y la estela funeraria de la Electromecánica, que he podido hallar recientemente.

¿Cómo fueron aquellos hombres primeros que vivieron la tierra cordobesa? La raza neandertal era la de aquellos fieros cazadores del paleolítico, a ella pertenece el cráneo de Gibraltar, que se conserva en Londres; eran hombres de cráneo algo diferenciado del actual, particularmente por la falta de saliente en el mentón y por la presencia del torus supraorbital, verdadera visera que recuerda la de un casco francés de la pasada guerra.

Los hallazgos prehistóricos de Alcolea nos han permitido conocer un resto de la paleontología humana verdaderamente interesantísimo. El *homo fossiliss cordubensis* es un neandertaloide en que se han atenuado algunos de los bárbaros vestigios del tipo precedente, conservándose el torus señalado; es un elemento de tránsito que desconocíamos, el cual apareció bajo los depósitos de la industria lítica del neolítico.

Los tipos siguientes, neolíticos, ya carecen de torus; éste cesa, pero aún se recuerda por la presencia de grandes fosas temporales y por la permanencia de una luneta o abombamiento supranasal. Sus representantes se han hallado en el yacimiento antes consignado, en un nivel superior al del *homo fossiliss cordubensis*; y como elementos análogos aparecen en los Alcores de Carmona y en la Cueva de la Mora de Jabugo, nos permiten fijar el tipo con bastantes elementos de juicio.

El tránsito a los hombres actuales es insensible, los restos hallados en diferentes estaciones prehistóricas postneolíticas, y en la mina Santa Bárbara, son análogos a los de nuestros días.

Los hombres que pasaron por estos lugares durante los interminables tiempos prehistóricos no pudieron pensar que en esta porción del suelo cordobés la tierra guardaba en sus entrañas un negro tesoro, que con el tiempo habría de hacer de la comarca uno de los centros mineros e industriales más importantes de España.

Hace cien años Pueblonuevo del Terrible no existía, es obra de nuestros padres, de nuestros primeros abuelos si acaso.

¿Cuál es la razón de que en la llanura de Belméz flameen perennes los penchchos de humo, de que cada día nos sorprenda la instalación de una nueva fábrica, de que cada año los productos naturales sean más exactamente elaborados y disociados en este lugar? Son los dos grandes resortes que están en las manos de los hombres: la ciencia y el trabajo.

De ellos a través del tiempo hay que esperar verdaderas maravillas que van dejando en segundo término las que hoy contemplamos como tales. Si rápidamente hicimos una incursión por el territorio de la prehistoria de estos lugares donde vivimos, si echamos una ojeada al pasado conocido por los textos, y aún por el recuerdo de lo que vivimos, nuestras ideas para el porvenir han de ser ciertamente optimistas.

Sin embargo, mirando fraternalmente ese porvenir, dejando a un lado las miserias cotidianas, con la mano puesta en el corazón, hemos de confesar que ese porvenir será brillante para esta tierra si todos ponemos algo en el logro de los ideales comunes y para ello creo que la receta está en todos nosotros; nada hemos de lograr si la ciencia y el trabajo queremos trabarlas por el odio, la mezcla será incoherente y el edificio de ese porvenir acabará por derrumbarse catastróficamente. Para que el cemento sea más duro que la piedra es necesario que la ciencia y el trabajo se ligen con el amor.

